

IRENE SÁNCHEZ CARRÓN

CIUDAD

Son de nuevo las ocho.
Mientras voy al trabajo
en metro, como siempre,
me entretengo mirando mi reflejo
en la ventanilla del vagón.
En la oscura suciedad del cristal
mi rostro tiene un aire de ser intemporal y misterioso.
Prefiero las polvorientas ventanillas del metro
o los escaparates de las tiendas
a los espejos.
Hace años que no miro directamente mis ojos en un espejo.
Son de nuevo las ocho y un minuto.
La próxima estación será la mía.
Cuesta apearse siempre en la misma estación,
acudir al trabajo,
mantener la cordura,
no extraviarse.
Las ocho y dos minutos de qué año, no importa.
El tiempo va pasando
y el dolor nos visita día a día
y hay que ver cuánto cuesta
mantenernos en pie,
zarandeados por este traqueteo insoportable,
sin perder el equilibrio,
la cordura,
nuestro rostro emergiendo transfigurado
en las oscuridades de cada túnel
para acabar sintiéndonos los mismos,
día tras día,
y acudir al trabajo,
y no bajarse en cualquier estación
sino siempre en la misma,
y regresar a casa,
siempre regresar.

Este siglo comienza a hacerse interminable.

De Escenas principales de un actor secundario (2000)

DE SENECTUTE

Cuando yo era muy niña
las viejas se peinaban como diosas.
Me gustaba acercarme y contemplar
el sencillo ritual de cada día:
las viejas, sentadas a la puerta,
esperaban tranquilas a sus hijas
que llegaban alegres, bulliciosas,
a deshacer el moño del día anterior.

Con la mirada absorta de la infancia,
observaba caer los escasos cabellos
sobre los hombros secos y la espalda abatida.
Las viejas elevaban hacia el cielo su rostro
con los ojos cerrados
y no podía yo quitar mis ojos
de la piel transparente de sus sienes,
de la azulada red de duras venas,
de los largos mechones apagados.

Así avanzaba otro día,
se tejían las trenzas con esmero,
se trataban asuntos de mujeres,
a veces susurrados,
a veces relatados con viveza,
mientras peinas y horquillas
flotaban en la blanca palangana.

Cuando yo era muy niña
las viejas iban siempre de negro
y vivían
cara al sol en silencio y con los ojos cerrados,
y se peinaban
como si fueran diosas.
Pero aquel elegante recogido que tanto me gustaba
acababa cubierto por un pañuelo negro,
un día más, oculto.
un día más, perfecto.

TÚ

Porque os outros têm medo mas tu não
Sophia de MELLO

Todos quieren caminos que conduzcan a Roma,
pero tú no.

Tú viajas hacia el norte, donde aguardan los bárbaros,
al centro del combate, al dolor de la herida.

Tú prefieres veredas sin nombre hacia el asedio
y atraviesas los cauces ignorando los puentes.

Tú buscas pasadizos de luz en la tormenta
y conduces la sed al rumor de las fuentes.

Tú celebras la lluvia que nos devuelve al barro
y vas hacia la vida como hacia la victoria.

Todos quieren caminos que conduzcan a Roma,
se rinden, se acomodan o piden una tregua,
pero tú no.

PENÉLOPE SE DESPIDE DE ÍTACA

*Sin palabras, sin dioses, Ítaca es solo el mar
Y un cielo que la aplasta.*

Francisca AGUIRRE

Cantad, Musas, que al fin Ulises regresó
y su presencia altera la calma de la casa.
Las lirás celebraron el porte del guerrero,
pero nada contaron del viejo abatido
que ha vuelto a perturbar esta dulce ruina.

¿Quién puede resistir
caminar tras un héroe a todas horas,
devolviendo su sitio a los objetos
y borrando las marcas de sus dedos,
mientras te cuenta historias insensatas?

No pretendo negar que en esos largos años
poblé la soledad de pequeñas costumbres
que se me han hecho gratas, y ahora el cuerpo las busca
como persigue un río su curso extraviado.

Contad, Musas, también esta verdad
que quizá el tiempo oculte
y decid que hace mucho que dejé de esperarle
para gozar sin límites cada minuto mío,
la sandalia en los pies al despuntar el alba,
el rocío en las yemas de los dedos,
la res sacrificada por algún pretendiente,
la franqueza del vino derramado en la boca,
la túnica en el suelo frente al balcón abierto,
la labor de la luna sobre un torso desnudo,
el filtro de la voz que custodia un secreto
y el hilo del deseo en el huso olvidado.

Cantad esta versión alguna vez,
Musas esquivas,
que Ulises regresó
y no tiene sentido
que yo me quede en Ítaca.

PARA QUE ESCRIBA YO

Para que escriba yo, aquí y ahora,
fue preciso
el odio de Medea y el hilo de Ariadna,
la caja de Pandora y el cantar de la amada,
el rezo de la monja, el filtro de Julieta,
que Venus se bañara y Artemisa cazara,
el dolor de Perséfone en el Hades
y el imán del pecado en el Edén,
que la mujer de Lot añorara Sodoma,
el obsceno rondar de Celestina,
que Sansón se durmiera y Adán no despertara,
que Ofelia enloqueciera, que Yerma no engendrara,
que la voz de don Juan me sedujera.
Para que pueda yo escribir, aquí y ahora,
fueron precisas reinas, brujas, ninfas, beatas,
huérfanas y madrastras, damas castas y locas,
esclavas, campesinas, rameras, trovadoras.

(Estación Poesía, ISSN 2341-2224, N.º. 19, 2020, pág. 31)

POSTALES

Mi abuela guardaba en el desván en una caja
postales de los hijos y sobrinos
que habían emigrado a las ciudades.
Yo pasaba los dedos por las líneas torcidas
de las caligrafías esmeradas.
Queridos tíos (dos puntos)
A la llegada de esta
espero que todo siga bien.
Las fotos presentaban
hermosas avenidas, palomas en las fuentes,
las luces sin las sombras.
Los párrafos escuetos
esquivaban la angustia y la nostalgia.
Madre, ya tenemos vivienda.
Por fin
conseguí colocarme en la otra fábrica.
Ayer fuimos al centro. Es la plaza que veis.
Mi abuela
guardaba las postales,
los silencios,
al fondo del desván
en una caja.

(Revista Cultural Turia, ISSN: 0213-4373, N° 137-138. Instituto de Estudios Turolenses, 2021, pág. 126)

Álbum de poetas

Fomento a la lectura a través de poetas contemporáneas

